

liente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilización que atraviesa momentáneamente esta suave temperatura, si bien sin reposar, y que, perseguido por la inestabilidad humana, *pasa del invierno á otro invierno.*

Echemos un poco de leña en la lumbre, y roguemos á Dios que duren la luz y el calor; pero no fomentemos locas esperanzas en la avejilla que pasa, ni creamos en la eternidad de cosa alguna en esta tierra, ni aun siquiera en la eternidad de nuestros sueños.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION CUARTA

I

Hemos trazado una idea primera de la filosofía sagrada de la India. Entremos ahora en la poesía que tantos vínculos unen á la parte filosófica.

Pero, antes de exponer á vuestra vista algunos fragmentos de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva recientemente descubiertos, digamos una palabra sobre lo que se entiende vulgarmente por poesía.

Varias veces he oído decir: ¿qué es la poesía? Cuestión vaga que, en mi concepto, equivaldría á preguntar: ¿qué es la naturaleza? ¿qué es el hombre?

No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible.

Dejemos pues al gramático ó al teórico el cuidado de categorizar, si puede, la poesía; por nuestra parte, á falta de definicion, nos contentaremos con denominarla el misterio de la lengua.

La poesía, tal como la concebimos, no guarda conexión con el sentido generalmente atribuido á esta voz, pues no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni la imágen, ni el color, ni el estilo figurado, ni aun siquiera el verso, sino todo esto en la forma aunque existe entera sin forma, y algo mas que escapa á toda expresion: en una palabra, la poesía es la poesía.

II

Hay en las cosas humanas, materiales ó intelectuales, una parte usual, vulgar, trivial, si bien necesaria, que incumbe á la naturaleza terrestre, cotidiana y hasta cierto punto doméstica de nuestra existencia en este mundo. Tambien se nota en estas mismas cosas un principio etéreo que no puede asirse, un elemento trascendental y por decirlo así atmosférico, correspondiente de un modo especial á la naturaleza divina de nuestro sér.

El hombre mediante un instinto oculto, si bien universal, parece haber comprendido desde los primeros tiempos, la necesidad de expresar en un lenguaje diferente estas dos nociones opuestas; y el sér racional situado en los límites de ambas na-

turalezas terrestre y divina que se tocan y confunden en su propio sér, no poseyó siempre el mismo idioma para expresar el elemento perecedero y el elemento divino de las cosas. Así la prosa y la poesía reinaron alternativa ó simultáneamente en nuestra lengua como en la creacion. El hombre habló de los objetos humanos, pero cantó los divinos. La prosa se apropió la tierra y todo lo que á nuestro planeta atañe; á la poesía tocó en herencia el cielo y todo cuanto bajo el punto de vista terrestre escede y corona la humanidad. En una palabra la prosa fué el órgano de la razon, mientras á la poesía cupo la manifestacion del entusiasmo esto es, lenguaje elevado por la sensacion, la pasion ó el pensamiento, á su mas elevada potencia de expresion.

III

¿Quereis una prueba de esta distincion fundada en los hechos y no en una vana teoría? Observad desde el origen de las literaturas la parte de lenguaje humano que compitió á la prosa, y la perteneciente al imperio de la poesía.

En todas las lenguas habló y escribió el hombre en prosa al tratarse de las cosas necesarias á la vida física ó social, tales como la domesticidad, agricultura, política, elocuencia, historia, ciencias naturales, economía pública, correspondencia epistolar,

conversacion, memorias, polémicas, viages, teorías filosóficas, negocios públicos, negocios privados; en una palabra cuanto cae bajo el dominio de la razon ó de la utilidad fué competencia de la prosa.

Al contrario, en todos los idiomas cantó el hombre en verso la naturaleza, el firmamento, los dioses, la piedad religiosa, el amor que puede definirse la piedad de los sentidos y del alma, las fábulas, los prodigios, los héroes, las aventuras imaginarias, las odas, los himnos, los poemas, en una palabra todo cuanto supera al ejercicio usual y discursivo del pensamiento.

El verbo familiar se hizo prosa, pero el verbo trascendente se encarnó en los versos; el primero discurió dialéctico, el segundo cantó entusiasta.

¿ A qué debe atribuirse esta diferencia de la expresion humana? ¿ quién enseñó á la humanidad, ó quién le impuso el deber de enunciar tales cosas en prosa y cantar otras en verso? Nadie, pues el maestro en todo, el institutor y el legislador de las formas y de la humana expresion, es el mismo instinto, revelacion sorda pero imperiosa y por decirlo así fatal á la naturaleza de nuestro sér.

IV

La criatura humana, dotada de la doble facultad de pensar y sentir, es un instrumento sonoro de sensaciones, sentimientos é ideas. Cada cuerda de este

instrumento construido por el mismo Criador, recibe una vibracion y despide un sonido proporcionado á la impresion que la naturaleza sensible imprime en el corazon ó determina en el espíritu mediante un sacudimiento mas ó menos enérgico, trasmitido por los objetos exteriores ó interiores.

A excepcion del dolor estremo que rompe las cuerdas del instrumento, produciendo un grito inarticulado, que no es prosa ni verso, ni canto ni palabra, sino un despedazamiento convulsivo del corazon, la criatura humana se sirve para expresar el estado de su alma de un lenguaje sencillo, habitual y templado.

Al contrario, cuando la agitacion es extrema, exaltada, infinita; cuando la imaginacion del hombre adquiere una tension extrema y vibra hasta el entusiasmo; cuando su vida exalta la pasion real ó imaginaria; cuando fascina los ojos de su espíritu la misteriosa hermosura que ostenta naturaleza; cuando el amor, de todas las pasiones la mas melodiosa porque es la que mas mece y halaga la parte mas íntima y mas santa de nuestra esencia, imagina, pinta, invoca, adora, reclama, llora el objeto amado; cuando el sentimiento religioso despoja al sér racional de su vida sensual y lo arrebatá mostrándole en lontananza la confusa y fulgurosa perspectiva del empíreo vivificado por la suprema belleza, el amor infinito, el manantial de toda la existencia y el fin ulterior del alma humana, en una palabra Dios; cuando la contemplacion extática del sér de los seres le hace olvidar el mundo de los tiempos por el mundo de la eternidad;

cuando en sus horas de descanso, se separa del mundo real al impulso de su imaginación, para perderse en la esfera ideal como un buque que deja jugar al viento en su velamen y deriva insensiblemente de la playa al alta mar; cuando, con los ojos abiertos, se abandona al inefable y peligroso deleite de los sueños que lo mecen despierto, entonces las impresiones del instrumento humano son tan enérgicas, tan profundas, tan piadosas, tan infinitas en sus vibraciones, tan luminosas, tan superiores á las impresiones ordinarias, que el hombre busca naturalmente para expresarlas un lenguaje mas penetrante, mas armonioso, mas sensible, mas pintoresco, mas lírico que la lengua habitual, é inventa el verso, canto del alma, como la música inventa la melodía que halaga tan misteriosamente al oído; como la pintura inventa el color, canto de los ojos; como la escultura inventa el contorno, canto de las formas; pues cada arte canta por uno de nuestros sentidos, cuando al artista avasalla el entusiasmo, esto es la emoción elevada á su suprema potencia. Solo el arte de las artes, la poesía, canta á la vez por todos los sentidos y por el alma, que puede denominarse el centro divino é inmortal de todos los órganos corporales.

Resulta pues que, siendo transcendental la impresión, transcendental debe ser el modo de expresarla. Tal es, en nuestro concepto, el origen y explicación del verso, forma relevante de la manifestación humana, verbo de lo bello, no solamente en el pen-

samiento, sino también en el sentimiento y en la imaginación.

V

¿Pero cómo llegará el hombre á discernir, podrán objetarnos algunas personas, lo que debe ser hablado y lo que debe ser cantado en las sensaciones y en los sentimientos que pueden conmover la parte íntima de nuestro ser?

Nuestra respuesta será una sola palabra: *misterio*.

No hay necesidad de discernir, sino de sentir. Para distinguir que es poesía en el orbe físico ó moral de lo que no merece este título, bastan caracteres que el hombre no puede determinar con precisión, pero que inmediatamente comprende, si la naturaleza lo formó poeta, ó meramente poético.

Así tómese un ejemplo en la naturaleza inanimada, en el paisaje:

Figurémonos un horizonte inmenso, cultivado, fértil, cubierto de rubias espigas ó verdes praderas, feraz llanura que promete pingüe cosecha; pero ningún arroyo la baña, ninguna colina la encuadra, ningún declive al mar lejano conduce, y una perspectiva turbia y deprimida nos nuestra el cielo confundiendo con la tierra. Seguramente, espectáculo es éste que halaga los ojos del labrador y consuela al economista que calcula cuantos millares de hombres y animales podrá alimentar, después de la cosecha, el pan resultante ó la yerba que caerá bajo la gua-

daña. Pero para el hombre sediento de belleza, ningún aliciente ofrecería tan fecundo llano, que podría recorrer noche y día, sin que hiciese este granero humano brotar en su imaginación el menor destello de poesía.

En efecto, ¿qué elemento poético puede contener un terreno semejante? Bien se nota la riqueza, bien la utilidad; pero de la impresión, pero del entusiasmo, inútil es buscar la menor traza. En tan inmensa extensión, la sola poesía que puede impresionar al espectador reside y emana de las cosas más insignificantes en apariencia, como del vuelo rápido de la alondra que, impelida por el viento, se levanta de ese océano de rubias espigas, para cantar un himno de vida en el azul cristalino, y volver á bajar trayendo consuelo, pasto y recreo á sus hijuelos que cubre el rastrojo; ó bien de la voz chillona del grillo que tuesta el sol en la tierra árida; ó del zurrido seco y metálico procedente de las abandonadas espigas que estrega unas contra otras el salvador huracán, cuyas ráfagas embravecidas interrumpen, con un movimiento unduloso que recuerda el de los mares, el melancólico silencio de la vasta llanura.

VI

Ahora bien, ¿porqué es prosáica esa extensión dilatada, y tanta poesía proclaman la alondra, el grillo, el huracán y las espigas?

¿Será porque la alondra presenta el contraste de

un poco de alegría en medio de esa monotonía de tristeza, y un fermento de amor maternal en ese abrigado nido que recuerda la mullida cuna en que nos mecieron nuestras madres?

¿Será tal vez porque el grillo nos recuerda los áridos desiertos de la Siria, en que el estrepitoso insecto anima á lo lejos la ruta silenciosa del camello en las abrasadas arenas, limítrofes á la península arábiga?

¿O bien porque ese zurrido agudo y esa undulación de maduras espigas, evoca en nuestra imaginación las hinchadas y movedizas olas del Océano, al pié del mástil en que cruge estremecida la anchurosa lona?

¿Y porqué esos tres fenómenos pasajeros y esas tres imágenes transitorias, reasumen la sola poesía de ese vasto espacio? Porque estos tres fenómenos y estas tres imágenes despiertan en nuestra mente una emoción, mientras que la dilatada llanura solo nos promete la riqueza.

Así, no lo útil, sino lo bello es el fundamento de la poesía. La espiga es útil, pero la alondra vive, el grillo canta, la brisa gime, el huracán ruge, el corazón simpatiza, la memoria evoca, la imagen destella, la emoción brota, en una palabra la poesía fulgura en el alma. Los cantos del vate pueden celebrar la alondra, el grillo, el céfiro que murmura en el rastrojo; mas no pueden solemnizar los barbechos, las hacinas de heno, el saco de trigo, objetos que se cuentan y no se cantan, pues en la lira humana no halla eco la cifra.

VII

Pero acercaos de los Alpes cuyas dentelladas cimas, coronadas de eterna nieve con violáceos reflejos, se dibujan á la misteriosa hora del crepúsculo en el azulado firmamento que, con reflejos de topacio y carmin, tiñen los últimos rayos del ocaso inflamado; y contemplad el dulce y trémulo fulgor que emite la estrella vespertina como una vela emergente en el océano formado por el espacio infinito. En las informes rocas que el verde césped tapiza, se proyectan y descienden como por escalones, las sombras gigantes de los abetos agitados y verdes pinos, cuyo olor resinoso perfuma el ambiente circunvecino. Allá á lo lejos humean las cabañas de los pastores, aisladas y suspendidas á los promontorios como nidos de águila, ó medio ocultas por los cañaverales que circundan el lago terso y cristalino que la sombra invade, mientras la mitad que aun doran los rayos del sol cadente, refleja como un espejo el disco del astro y las candidas nieves que centellean á la tangente luz crepuscular; algunas velas lejanas blanquean sobre las negras barcas que cortan las durmientes aguas dejando un sureoluminoso. La onda gotea diamantina al golpe acompasado del remo que acerca al barquero de la ensenada: en el umbral de la puerta, lo aguarda su muger en compañía de sus hijos, que retozan traviosos juntos á la red esten-

dida en la playa. Un silencio misterioso cunde y envuelve la naturaleza, silencio que solo interrumpen el sonido de una lejana flauta, el mugido prolongado de un becerro, el embate alternativo de las olas, y de cuando en cuando el fragor remoto de una cascada de nieve que se despeña, cuyos vapores blanquecinos envuelven como niebla las rocas y los árboles. Poco á poco desciende el crepúsculo, los fuegos brillan diseminados, las estrellas vacilan pulverulentas y centellantes, esmaltando el espacio cristalino, mientras que el alma votiva, sedienta del infinito, parece dejar la tierra y cree acercarse á su Criador casi visible en la transparencia del firmamento nocturno. La memoria inflamada evoca el recuerdo de las personas conocidas, amadas, perdidas en este lugar de destierro, y, animada por la certidumbre intuitiva queda el amor, no duda hallarlos la esperanza en la celestial morada. La melancolía, el consuelo, el santo delirio, el secreto júbilo inundan alternativamente el corazon al latir de fé á vista de la naturaleza, que parece sumida en oracion plañidera ó en adoracion extática, desvaneciéndose arrobada el alma como el humo azulado de las cabañas, como el polvo plateado de las cascadas, como el crujido de la arena bajo las olas, como el trémulo brillar de las estrellas en el éter, y participando de la divinidad del espectáculo augusto que mece el corazon y sublima el espíritu.

Tal es la poesía del paisaje. ¿Quién osará en presencia de maravillas tantas expresarse en lenguaje vulgar? Cantad si la impresion os avasalla, pues

conmovidas se hallan las fibras de vuestro corazón en tanto cuanto puede verificarse este efecto sin que estallen las cuerdas del instrumento. La poesía brota de nuestra alma, la poesía nos inunda, la poesía nos avasalla, la poesía nos sumerge en un océano de delicias, el himno ó éxtasis se asoman á nuestros labios, y el verso ó el silencio son las únicas formas que pueden traducir la plenitud de que rebosamos.

Hemos descrito una de las fases poéticas que puede presentar la naturaleza; mas no acabáramos si quisiéramos enumerar las diversas escenas diurnas ó nocturnas de nuestra morada terrestre. Todo lo que puede impresionarnos es poesía, y todo lo que es acreedor á este título exige ser expresado en un idioma superior á la lengua usual, reservada á las cosas ordinarias de la vida.

VIII

¿Pero el mar? sea que voguemos mecidos por sus olas, sea que contemplemos su superficie desde lo alto de las acantiladas costas, el mar atesora en su seno mas poesía que la tierra y las montañas. ¿Porqué? Porqué la vista del vasto Océano conmueve de un modo inefable nuestros ojos, nuestros pensamientos y nuestras almas. Un libro entero no bastaría á enumerar las impresiones que el espectáculo de la region de las aguas puede dejar en la parte mas íntima de nuestro sér. Citemos empero alguna de las principales.

El mar es el elemento móvil, y este carácter parece darle, juntamente con el movimiento, la pasión, la ira, la calma apacible de un ánimo que se enardece impetuoso ó se aplaca risueño. Este movimiento y esta inestabilidad producen en nuestro sér una primera impresion de placer ó terror. — Emocion.

El mar es transparente, y, bajo este punto de vista, se asemeja al éter ó firmamento, que deja filtrar la luz del astro del dia ó de las estrellas nocturnas. Al mismo tiempo la onda se transfigura como el camaleon por sus cambiantes colores, rodando en su seno ora el luminoso dia, ora la tenebrosa noche. — Emocion.

El mar es inmenso, y, por su estension ilimitada, imprime una idea de grandeza descomunal, que recuerda el infinito. — Emocion.

Sus ondas, cuando lamen mansas la lisa arena de la playa húmeda, evocan la idea de la suave respiracion de un niño en el seno de su madre. — Emocion.

Si, al salir el sol, se ve hincharse la masa húmeda y espumar al impulso de la agitada brisa, y si la gaviota, como un ave herida, empapa una de sus alas en la espuma pulverulenta, la idea que despierta en nuestra mente el espacio marítimo se asocia al estremecimiento armónico de la onda que hierve y silva por la accion del fuego. — Emocion.

Cuando, impelida por el pesado viento del otoño, se acumula en forma de húmedas montañas, y fragorosa se desploma contra los acumulados peñascos